director el jesuita Nouet no lo reprobaba, la marquesa rogó al reverendo padre se lo dijese así por escrito, bajo promesa de no mostrarlo á persona alguna; y así lo hizo el imprudente! y así no lo hizo la engañadora!"

Esta declaracion firmada por el jesuita fué remitida por la marquesa al doctor Arnauld, y este escribió luego su libro de la *frecuente comunion.* Ese factum teológico fué para los jesuitas un golpe de maza, y resolvieron acabar con Arnauld. El padre Brisacier acusó á los religiosos de Port-Royal de *antisacramentales,* no obstante que vivian consagrados á la adoracion perpetua de la Eucaristía; el padre Nouet, causa de aquella cruzada muy poco santa, los trató de *vírgenes locas, desesperados, impenitentes;* el padre Meynier quiso probar que los solitarios de Port-Royal eran heresiarcas peores que Lutero y Calvino; que trataban de plantear el deismo en Francia, y que las turbulencias de la Fronda habian sido obra de ellos. La corte hizo causa con los calumniadores. El arzobispo de Paris, cardenal de Retz protestó, pero no se hizo ningun caso de sus protestas. Comenzaron las persecuciones. Todos los solitarios de Port-Royal fueron espulsados de su estudioso retiro, y á la digna madre Angélica, que se encontraba entónces en Port-Royal de Paris, le fueron quitadas todas sus novicias y pensionistas. Por ese tiempo una de sus *hijas,* la Señorita Perier, sobrina de Pascal, curó en la abadía súbitamente de inflamacion de ojos al simple contacto de una espina de la santa corona, lo que se atribuyó à milagro: el padre Amat, confesor del rey, dijo que era mentira, y fué creido sobre su palabra. Las persecuciones un momento suspendidas, recobraron su curso. Angélica Arnauld, sus hermanas, sus sobrinas y algunas religiosas, se retiraron entónces á Port-Royal de los Campos, donde les esperaban las pruebas mas crueles. Se les prohibió toda comunicacion esterior, y á todos los jueces que *conociesen de su causa:* se llegó hasta á *rehusarles los sacramentos.* ¿Y por qué, buen Dios! todos estos rigores? Porque se obstinaban en no querer admitir como contenidas en el *Augustinus* cinco proposiciones cuya condenacion habian obtenido los jesuitas en Roma. La muerte de Angélica no desarmó á sus enemigos. El arzobispo de Paris, Péréfixe, hizo en estas dos palabras su oracion fúnebre: pura como un àngel, orgullosa como un demonio.

El màrtes 29 de Octubre de 1709, á las siete de la mañana, el famoso lugar-teniente de policía de Argenson, se admiró de despertar general de ejército por órden del rey. Marchaban á sus lados, como ayudantes de campo, un comisario del Châtelet y el preboste de la hermandad; trescientos arqueros obedecian sus órdenes. Altivamente presentó su bandera delante de Port-Royal de los Campos. La guarnicion de aquella inespugnable fortaleza se componia en aquel momento de veintidos religiosas y

hermanas convertidas, todas estenuadas por la edad ó las enfermedades. Les intimó abriesen las puertas—que estaban abiertas; penetró en la plaza y las llaves de esta se las puso en la bolsa. La guarnicion no fué degollada.

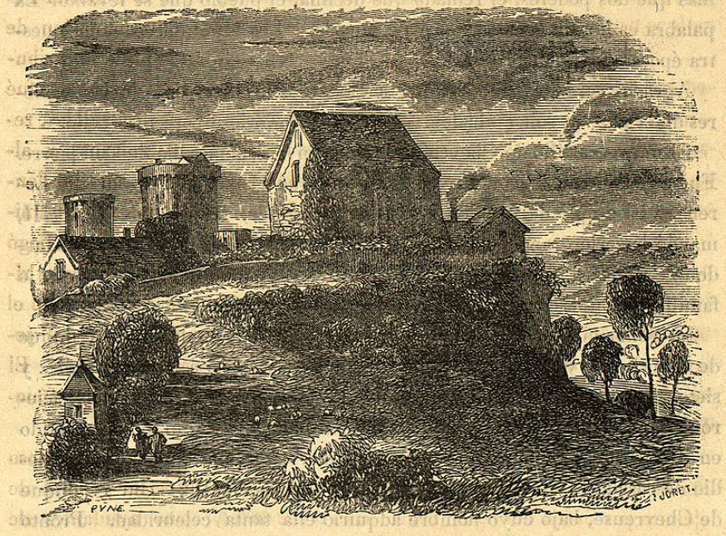
Los perseguidores se aplaudieron de este burlesco triunfo, pero no se contentaron con él. Era preciso que no quedase de la abadía piedra sobre piedra. Un decreto de 1710 les dió esta satisfaccion: no fueron respetados ni los sepulcros.

Port-Royal de Paris fué mas feliz: se le dejó vivir; no se encontraba allí persona del nombre de Arnauld.

Sentenciado à muerte en 1790, resucitó en 1801 con el nombre de *Institucion de la Maternidad.* Hoy es *hospicio de partos.*

IV.

Hénos en fin salidos de la triste monografía de Port-Royal, y nos reclama el castillo de Chevreuse. Crecida yerba y espinos, y entre estos



espinos y esta yerba algunas piedras, es todo lo que queda hoy de la antigua residencia. En su historia se reflejan como en un espejo siete siglos de nuestros anales. El trono es débil, los grandes vasallos se sublevan, la espada se desnuda. Chevreuse levanta sus diez torres en defensa de la

corona. Destruido por Luis XI el feudalismo se estingue en un mar de sangre; con él se estinguen los señores de Chevreuse. La galantería se entroniza en el Louvre. Una favorita real recoge la herencia de los valientes y leales barones. Estallan las guerras de religion. Un cardenal sucede á la favorita en la posesion de aquel magnífico dominio. Vienen los dias radiosos del gran siglo, dias de placeres fastuosos, de ruinosas locuras, dias cuyas últimas horas debian pasar lentas en el abandono y la oracion; y de las manos de un brillante disipador cae Chevreuse en las de una abadesa. Habian resonado allí primero los rudos clamores de la guerra, despues las voluptuosas canciones del amor, mezcladas á las graves ocupaciones de la política y á los embriagantes vapores del vino; ahora ya no se escucha mas que la vibracion de las campanas y el sonido de los cánticos sagrados. Su juventud se desliza por entre los azares de la guerra: el amor, la ambicion, la orgía llenan los años de su edad madura; en la vejez y agotadas sus fuerzas, se vuelve á Dios para morir, pero no baja todo entero al sepulcro. De su nombre queda un heredero.

Este de su orgullo no portara espada ni pesada coraza. Pasaron los tiempos de lucha de señor á señor, de señor á rey. Ya no hay en Francia mas que dos poderes; el reinado que declina, el pueblo que se levanta. La palabra es hoy la que vivifica y da muerte. Los Montmorency de nuestra época se llaman Mirabeau.

Agradar será su único estudio, ser feliz por las artes, hijas del lujo, flores de la paz, su sola ambicion. Será ménos glorioso pero mas bello.

El nuevo castillo de Chevreuse se eleva en la risueña villa de Dampierre. Fué construido à fines del reinado de Enrique II por el cardenal de Lorena. El duque de Luynes, hijo del condestable, favorito de Luis III, mandó hacerle grandes obras de ornato. El célebre arquitecto Julio Hardouin-Mausard, fué su restaurador. En tiempo de Luis XIV pasó de la familia de Chevreuse, à la casa de Luynes con este motivo:

La Señorita María de Moutbazon, hija de Hércules de Rohan, duque de Moutbazon y de Margarita de Lenoucourt, se casó á la edad de diez y siete años, en 1617, con el condestable de Luynes. De esta union nacieron dos hijos; el duque de Luynes á quien hemos visto tan comprometido en Port-Royal y una hija que entró monja. Despues de dos años y medio de casada enviudó y pasó à segundas nupcias en 1621 con el duque de Chevreuse, bajo cuyo nombre adquirió ella tanta celebridad. Pronto volverémos á hablar de la bella duquesa.

Ese duque de Chevreuse era *el segundo de los señores de Guisa y el mejor formado de los cuatro: hombre del mejor aspecto que se pudiera ver, tenia algun talento, mucha sangre fria en el peligro* y era tan disipador, que un dia

pidió veinte carrozas para tener en que escoger la que mas le agradara por la suavidad del movimiento. Sus prodigalidades lo arruinaron, como facilmente se comprenderá: al fin de sus dias consintió en ceder, por una pension vitalicia, su castillo de Chevreuse al duque de Luynes, hijo del primer matrimonio de su muger y del condestable, con la restriccion de que sus nuevos dueños llevarian alternativamente los títulos de duque de Chevreuse y de Luynes.

Ahora, ¿conoceis á la duquesa de Chevreuse? Su vida toda es una novela. Intrigas de galantería, intrigas políticas, aventuras de camino real, locuras en pleno dia, complots tramados en la oscuridad, todo se encuetra allì. Y que heroina tan maravillosa! Seductora como una sirena, impalpable como un Proteo, un Maquiavelo con túnico de cola. ¿Le hablais de temor? El peligro es su elemento. ¿De destierro? Sabe volverse de él. Sus agudezas parten como relámpagos. Nadie está tan alto que no le lleguen sus sarcasmos. Ella se rie de Luis XIII; se burla de lord Halaud, que suspira por sus bellos ojos; se divierte con Buckingham, que suspira por los de la reina. Richelieu que no puede ser rey, arde en deseos de dar un heredero al trono, y toma por su cuenta á Richelieu á modo de gato que juega con el tigre. Tened cuidado M. de Mazarin; es muy suave el terciopelo que cubre esa linda mano, pero dentro se ocultan uñas aceradas que os harán pedazos.

Una noche, en el Louvre, están encendidas las arañas en la recàmara de la reina. Cerca de la chimenea, que está encendida, se halla sentado en un sillon de damasco carmesí bordado de oro, una muger de estraordinaria belleza. A sus piés, sentada familiarmente sobre un taburete, está otra muger igualmente bella. Ambas guardan silencio y parecen fastidiadas.

De repente sale la duquesa de Chevreuse sin decir nada, y vuelve un momento despues sin pronunciar palabra todavía. Ana de Austria la mira: á poco se abre la puerta y aparecen dos hombres. El primero que entra viste calzon de terciopelo verde; de sus ataderos penden campanillas de plata y entre sus dedos juegan unas castañuelas; su fisonomia severa hace un contraste singular con aquellos atavíos. El segundo lleva en las manos un violin. A una seña de la duquesa, el hombre de los calzones danza una sarabanda; el otro acompaña con su violin al danzante, y las dos mugeres se tienden de risa.

El músico era Bocco, el Paganini de la época; el bailarin era.... adivinadlo si es posible..... era Richelieu! Richelieu á quien la picarona duquesa habia metido en la cabeza que la reina ardia en deseos de verlo bailar en aquel trage.

Una mañana, en el camino de Fontainebleau, seis caballos arrastran una carroza que lleva los vidrios levantados, y en ella van Ana de Austria y su querida confidente la duquesa de Chevreuse, muy animadas y alegres. A corta distancia camina otra carroza tirada por cuatro caballos, y tambien lleva los vidrios levantados. Un hombre está dentro de ella y es Richelieu. ¿Qué es lo que mira con tanta impaciencia y cólera? Al caballero vestido de satiné y lleno de listones de la cabeza á los piés, que caracolea á la portezuela de la reina haciendo todo género de contorsiones. ¿Quién es ese caballero? M. de Châteauneuf. ¿Quiénes M. de Châteauneuf? Un galanteador de la duquesa de Chevreuse. Ella quiere librarse de sus insípidas adoraciones y dar en que maliciar á Richelieu, porque la incorregible quiere siempre habérselas con este. Le ha insinuado que el marqués tiene sus miras en la reina, y para probarlo ha proporcionado á los dos pretendidos rivales aquel gracioso encuentro.

Burlado segunda vez el cardenal, se ruboriza: M. de Châteauneuf es puesto bajo de llaves en Angulema y la duquesa es desterrada á Dampierre.

De Dampierre al Louvre puede ser vencida en poco tiempo la distancia; pero ah! Dampierre está cerrado por todas partes: razon de mas para que ella se escape. Esa *señorita andrajosa* que casi todos los dias se desliza *entre perro y lobo*, en el oratorio de la reina, vos la habeis nombrado. El hombre que cierta noche se vió salir de allí, es Richelieu.

El ministro la destierra á Tour, donde relaja ella al arzobispo.

Despacha un oficial para que la arreste y conduzca al castillo de Loches, ella emborracha al oficial, y miéntras que ronca el sueño del justo entre diez frascos vacios, ella galopa, disfrazada de jóven señor, hàcia las fronteras de España, en compañía de un escudero llamado Lavoissiere que le ha dado el viejo duque de Espernon.

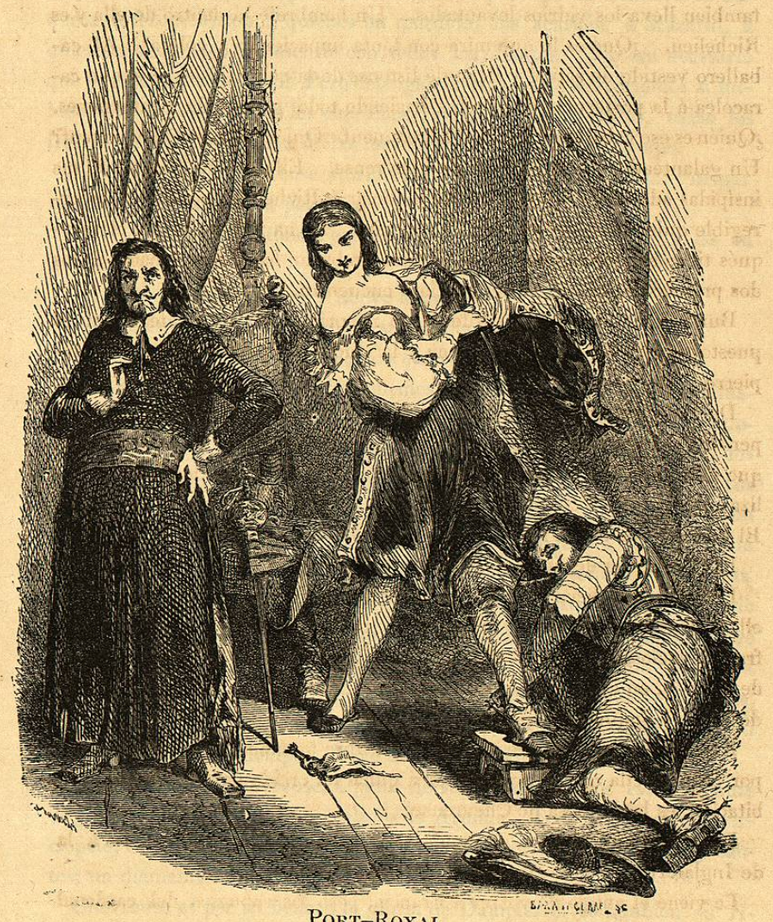
En su camino, un pobre cura de aldea abre tamaños ojos cuando sabe por boca de ella que el jóven señor á quien ha creido participar de su habitacion, es la duquesa de Chevreuse.

De la corte de España, en donde ha barajado muchas cartas, pasa á la de Inglaterra, en donde trastorna muchas cabezas.

Le viene el antojo de volver á Francia; pero los sabuesos del cardenal ministro han olfateado sus huellas; perseguida muy de cerca por ellos, se arroja vestida al Sounne, que atraviesa à nado para llegar á Calais y de ahí á Lóndres..

Muere Richelieu y ella corre gozosa á Paris.

Ana de Austria es regente. Mazarin primer ministro. La Fronda comienza. Hermoso dia para ella! Se liga con Mazarin para deshacerse de



PORT-ROYAL.

los príncipes, gefes de aquella guerra..... leed mejor á Voltaire. Pero hé aquí la cuestion del casamiento del jóven príncipe de Conti con la mayor de sus hijas, é inmediatamente muda de opinion. Al coadjutor, al duque de Beaufort, ese *rey de los mercados*, al príncipe de Condé, á la duquesa de Montbauzon, á quienes ha mordido, los acaricia; á Mazarin, á quien ha acariciado, lo muerde con todos los dientes. ¿No era necesario que pagase por Richelieu? Pero detengàmonos, pues no acabariamos si hubiéramos de contar todos los caprichos, todas las temeridades, todas las frascas de esa muger, una de las mas estraordinarias de su tiempo.

La duquesa de Chevreuse murió cuando ya no le fué posible intrigar en amor ni conspirar en polìtica.

Luis XIV estaba entónces en todo el esplendor de su poder y de su gloria.

La duquesa tenia setenta y nueve años.

Se hubiera podido grabar sobre su sepulcro este célebre epitafio:

Hic tandem quiescit, quæ nunquám quievit.

Antes de cerrar estas páginas echemos una ojeada por el valle que ilustra á Port-Royal. Cuan melacólico es hoy ese valle que vimos tan risueño cuando Felipe Augusto se dormia en él; tan lleno de vida cuando los Arnauld y sus amigos atraian allí sobre sus cabezas, por la rigidez de sus doctrinas, los rayos de Versalles! Un pequeño odificio de ladrillo y un fragmento de escalera de nogal, es todo lo que ha llegado á nosotros de la habitacion que se hicieron construir aquellos valientes *solitarios*. Yedras, espinos, algunos álamos se cruzan y crecen tristes y estériles en el espacio que ocupó la abadía. El estanque cantado por Racine en su juventud, se ha convertido en vergel. Todo ha desaparecido. El recuerdo solo de la inteligencia y de la virtud que abrigaron las sombras de aquella Tebaida, es lo que ha caido en manos de los hombres sin tener que temer nada ni del fanatismo ni del tiempo. Vive todavía y vivirá siempre.

Pero ved como Chevreuse, á pesar de sus sesenta lustros está radiante de juventud! Diriase que es palacio de Armida. Todo es allí seda y terciopelo, escultura, pintura y oro; todo es verdura y flores, perfumes y cantos; un diamante en un ramo.

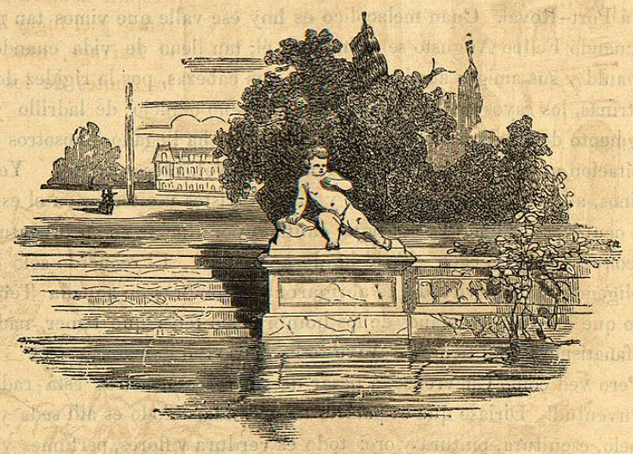
Chevreuse es por su belleza la gloria de Dampierre: es tambien su riqueza por la munificencia de sus nobles poseedores. Estensos y variados jardines lo rodean por todas partes, perfumando toda la comarca con sus dahalias y rosas: mas allá de los jardines se estienden hasta perderse de vista mil doscientas fanegas de tierra, un doble parque cerrado con muros plantado de árboles seculares y atravesado por las aguas claras y frescas del rio de Ivette. La mas esquisita elegancia y la magestad mas im-

ponente, se unen en radiosa armonia para imprimir á aquella morada un carácter de grandeza verdaderamente regia. Con sus fuentes, sus canales, sus rios, sus náyades, sus laberintos, sus sombrías avenidas, sus pequeñas islas; con la riqueza hechicera de sus salones, sus galerias de estatuas y de cuadros, se nos presenta como una de esas moradas encantadas cuyas magnificencias es impotente la pluma para describir.

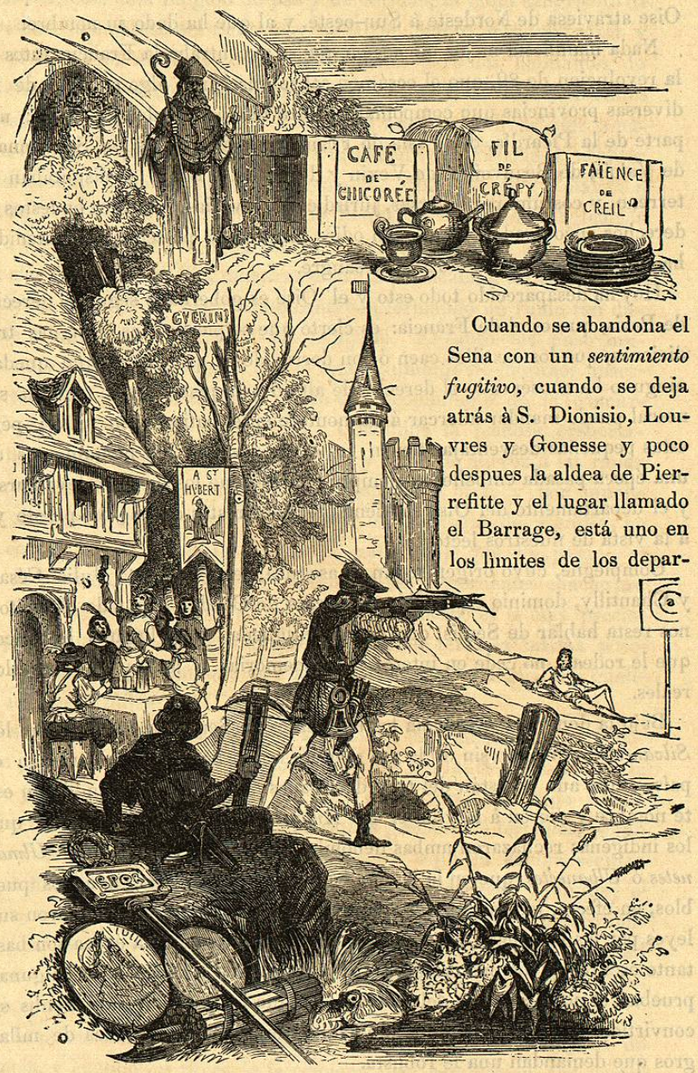
Nada falta á la ilustracion de Chevreuse; tiene su Rafael, y su señor M. de Ingres tendrá sus *Loges*.

Chevreuse es el Versalles de la aristocracia.

ALFONSO BROT.



SENLIS Y SUS ALREDEDORES.



Cuando se abandona el Sena con un *sentimiento fugitivo*, cuando se deja atrás à S. Dionisio, Louvres y Gonesse y poco despues la aldea de Pierrefitte y el lugar llamado el Barrage, está uno en los límites de los depar-